

Gerona (1). Los caballeros y personas de mas cuenta los envió á Barcelona al rey don Pedro. Calcúlase en cuatro ó cinco mil franceses los que murieron en esta terrible batalla naval.

Hallábase el rey de Francia Felipe el Atrevido, cuando recibió la nueva de la derrota de su escuadra, enfermo en Castellon de Ampurias, que tambien le habia alcanzado la epidemia y pestilencia que infestaba su ejército. Entre tanto, cumplido el plazo de los veinte dias para la entrega de Gerona, el vizconde de Cardona, fiel á lo pactado, comenzó por sacar de la ciudad los enfermos y gente desarmada, y luego salió él con la guarnicion en órden de batalla, á banderas desplegadas y con todos los honores de la guerra. El senescal de Tolosa entró á tomar posesion de la plaza á nombre del monarca francés y del rey de Navarra su hijo, á quien se habia entregado (13 de setiembre), y el pendon real de Francia tremoló en el castillo de Gerona (2). Efímero y caro placer, y yerro imperdonable el haberse empeñado en la conquista de una plaza, que le costó perder la mitad de su ejército, su gloria y aun su vida. Agravada la enfermedad del rey, víctimas de la epidemia sus tropas, famélicos, macilentos y escuálidos los que sobrevivian, desbaratada su escuadra, y dueña la marina catalana de toda la costa, dejando á Gerona encomendada al senescal de Tolosa con cinco mil infantes y doscientos caballos, alzáronse los reales y se emprendió la retirada llevando á los enfermos en andas, y al doliente monarca en una litera, á cuyos lados iban sus dos hijos, los llamados reyes de Navarra y de Aragon, el legado del papa y el famoso oriflama de San Dionisio, que pocas veces habia vuelto tan humillado. Desordenada era la marcha, y no pensando sino en pasar los montes y salvar sus personas, por todas partes iban dejando fardos, bagajes, y todo lo que podia servir de embarazo y estorbo. Nada en verdad mas fundado que el recelo y temor con que marchaban los franceses; porque habiendo el rey de Aragon, con el vizconde de Cardona, el senescal de Cataluña don Ramon de Moncada, y otros barones y caudillos, adelantádose á ocupar los pasos del Pirineo, el Coll de la Manzana, el de Panizas, y todas aquellas cumbres y angosturas, nada le hubiera sido mas fácil que convertir aquel sitio en un nuevo Roncesvalles, en que el doliente Felipe y sus extenuadas tropas hubieran salido peor librados aun que Carlo Magno y sus huestes.

En tal conflicto dirigióse el príncipe primogénito de Francia al rey don Pedro de Aragon, á este mismo rey á quien habia venido á destronar, exponiéndole que, pues abandonaban ya aquella tierra y el rey su padre iba moribundo, le rogaba por quien él era les dejase el paso libre por el collado de Panizas, asegurándoles que no serian hostilizados por sus tropas. Contestóle el aragonés muy cortesmente que por lo que hacia á él y á sus barones y caballeros podian marchar seguros, y que procuraria contener tambien á los almogavares y gente desbandada, aunque no respondia de ser en este punto obedido. Tal como era la respuesta, fué preciso aceptarla. En su virtud comenzó el menguado ejército francés á pasar el puerto, tan despacio como lo exigia el estado de los enfer-

(1) Desclot, c. 166.—El carácter de Roger de Lauria le retrata bien el hecho siguiente que refiere el historiador catalan Desclot. Negándose Roger á otorgar una tregua que á nombre del rey de Francia le pedia el conde de Foix: «Maravillame, dijo este, que os atrevais á negar una tregua á un rey tan poderoso como el de Francia, que podria poner en el mar hasta trescientas galeras.—Y bien, replicó el almirante siciliano, yo armaria ciento, y aunque vinieran trescientas, ó mil, si quereis, nadie seria osado á esperarme ni á andar por los mares sin salvoconducto del rey de Aragon; y los mismos peces no se atreverian á sacar la cabeza fuera del agua si no llevasen un escudo con las armas del rey de Aragon.» El conde de Foix se sonrió y no insistió mas.

(2) Al decir de algunos cronistas catalanes, entre otros excesos y desmanes que á su entrada cometieron los franceses fué uno la profanacion del templo y sepulcro de San Narciso, patrono de la ciudad, á quien despojaron de sus alhajas y preseas, y aun añaden que arrastraron al santo. Dios, dicen, castigó tamaño atentado y sacrilegio, haciendo que del sepulcro del santo saliera un enjambre de moscas y tábanos de diferentes tamaños y formas que picaban y emponzoñaban los caballos y gente francesa de tal modo que solo de caballos murieron hasta cuarenta mil. Si hubo tal profanacion, fácil fué atribuir á castigo de ella la peste que en realidad fué por aquel tiempo haciendo cada dia mas estragos.

mos, y del rey principalmente. Colocado don Pedro de Aragon en una de las cumbres que dominaban la estrecha vereda por donde desfilaba aquella especie de procesion luctuosa (29 y 30 de setiembre), vió sin duda con orgullosa satisfaccion el espectáculo de un enemigo que se retiraba humilde por donde pocos meses hacia entró tan soberbio, y que debia á su generosidad el no haber sido del todo aniquilado. Don Pedro cumplió su promesa, y el rey de Francia y su corte pasaron sin que nadie los molestara. Mas al llegar la retaguardia con los carros y los bagajes, y los pocos caballeros que habian quedado, sucedió lo que el rey habia previsto, que no pudo sujetar á los almogavares y paisanos armados, que ávidos de botín y ansiosos de venganza, lanzáronse gritando y corriendo á la desbandada sobre los enemigos, de los cuales muchos murieron, quedando en poder de los furiosos agresores tiendas, cofres, cajas, vajilla, moneda y todas las riquezas y alhajas que habian traído, con mas las que habian recogido en Cataluña. Todos los historiadores ponderan los sobresaltos y congojas que sufrió en este tránsito el cardenal legado, que no se contempló seguro hasta que se vió en el Rosellon, protegido por el rey don Jaime el de Mallorca (3).

A muy poco de llegar á Perpiñan, el rey de Francia, tan enfermo de espíritu como de cuerpo, agravada su doble dolencia, sucumbió el 5 de octubre (4). «Pero sabed, añade Desclot, que perdieron los franceses mas gente desde el paso del Coll de las Panizas hasta Narbona que la que antes habian perdido, de modo que parecia que Dios Nuestro Señor descargaba sobre ellos toda la justicia del cielo; porque unos de las heridas que llevaban, otros de epidemia, y otros de hambre, murieron tantos en los mencionados lugares que desde Narbona hasta Boulou todo el camino estaba cubierto de cadáveres. Así pagaron los franceses los males y perjuicios que causaron al noble rey de Aragon.» «De esta manera, dice un moderno historiador francés, rindió el último suspiro el hijo de San Luis, al volver de su loca cruzada de Cataluña. Ningun hecho famoso habia señalado su vida, y murió sin gloria, huyendo de un país que habia ido á atacar con una vana jactancia, y cuya conquista se habia lisonjeado de hacer en menos de dos meses (5).»

Regresado que hubo el rey don Pedro de las cumbres del Pirineo á lo llano del Ampurdan, fuéronsele rindiendo los lugares y castillos en que habia quedado alguna guarnicion francesa; y el mismo senescal de Tolosa, perdida toda esperanza de ser socorrido, y pasados veinte dias de plazo que pidió para entregar la plaza de Gerona que tan escaso tiempo habia estado en su poder, evacuó con sus tropas la ciudad y fuése á Francia. Echados tambien los franceses de Cataluña, todo el afan del monarca aragonés fué tomar venganza y castigo de su hermano don Jaime de Mallorca, á quien no sin razon culpaba de haber sido el principal instrumento y causa de la entrada de los enemigos, que hubiera podido impedirse si los dos monarcas hermanos juntos y de concierto les hubieran disputado el paso del Rosellon. Con aquel propósito dió órden á doscientos caballeros catalanes y aragoneses para que estuviesen prontos y armados, y al almirante Roger de Lauria, para que tuviese aparejada su flota, con la cual habia de apoderarse de las Islas Baleares que constituian el reino de su hermano. Pero Dios no permitió al rey de Aragon acabar esta empresa y quiso que sobreviviera poco á su vencido rival el de Francia. A las cuatro leguas de Barcelona, de donde habia partido el 26 de octubre, y camino de Tarragona, le acometió una violenta fiebre que le obligó á detenerse en el hospital de Cervellon, desde cuyo punto fué trasportado en hombros con gran trabajo y fatiga á Villafranca del Panadés. Aquí acabó de postrarle el mal, y él mismo conoció que era

(3) Muntaner, cap. 139.—Desclot, cap. 167.—Neocast. cap. 197.—Gest. Comit. Barc. in Marc. Hisp.

(4) La fecha de la muerte de Felipe el Atrevido, sobre la cual tanto han discordado los historiadores, fué á no dudar, la que hemos fijado, y así consta por el epitafio del sepulcro que su hijo Felipe el Hermoso le hizo construir en la catedral de Narbona: *Ab hac luce migravit, dice, III nona octobris, anno Domini MCCXXXV.*

(5) Romey, Hist. d'Espagn. tom. VII, p. 330

peligrosa y mortal la dolencia. Como en tal estado hubiese acudido á verle su hijo don Alfonso, «Véte, le dijo, á conquistar á Mallorca, que es lo mas urgente; tú no eres médico, que puedas serme útil á la cabecera de mi lecho, y Dios hará de mí lo que sea su voluntad.» Y llamando seguidamente á los prelados de Tarragona, Valencia y Huesca con otros varones religiosos, así como á los ricos hombres y caballeros que allí habia, á presencia de todos declaró que no habia hecho la ocupacion de Sicilia en desacato y ofensa de la Iglesia, sino en virtud del derecho que á ella tenian sus hijos, por cuya razon el papa en sus sentencias de excomunion y privacion de reinos habia procedido contra él injustamente. Pero que reconociendo como fiel y católico que las sentencias de la Iglesia, justas ó injustas, se debian temer, pedia la absolucion de las censuras al arzobispo de Tarragona, prometiendo estar á lo que sobre aquel hecho determinara la Sede Apostólica. Recibida la absolucion, declaró que perdonaba á todos sus enemigos, dió órden para que se pusiera en libertad á todos los prisioneros, excepto al príncipe de Salerno y algunos barones franceses cuya retencion podria ser útil para conseguir la paz general, se confesó dos veces, recibió con edificante devocion la Eucaristía, cruzó los brazos, levantó los ojos al cielo, y espiró la víspera de San Martin, 10 de noviembre de 1285 (1).

Así acabó el rey don Pedro III de Aragon, muy justamente apellidado el Grande, á la edad de 46 años, en todo el vigor de su espíritu, en el colmo de su fortuna y de su grandeza, pacífico poseedor de los reinos de Aragon, Cataluña, Valencia y Sicilia, vencedor de Carlos de Anjou y de Felipe III de Francia, teniendo prisionero al nuevo rey de Nápoles, dominando su escuadra en el Mediterráneo, apagadas las turbulencias y disensiones interiores de sus reinos y vigentes las libertades aragonesas. Gran capitán y profundo y reservado político, audaz en sus empresas, infatigable en la ejecucion de los planes, fecundo en recursos, atento á las grandes y á las pequeñas cosas, valeroso en las armas y sagaz en el consejo, robusto de cuerpo y de garboso y noble continente, fué el mas cumplido caballero, el guerrero mas temible y el monarca mas respetable de su tiempo, y sus mismos enemigos le hicieron justicia (2).

Dejó en su testamento á don Alfonso su hijo los reinos de Aragon, Cataluña y Valencia, con la soberania en los de Mallorca, Rosellon y Cerdeña: á don Jaime, el de Sicilia con todas las conquistas de Italia; sustituyendo el segundo al primero en caso de morir aquel sin sucesion, y debiendo pasar el trono de Sicilia sucesivamente á los infantes don Fadrique y don Pedro, cayendo en el propio error de su padre en lo de dejar favorecidos á unos hijos y sin herencia á otros (3).

Fué notable este año de 1285 por haber muerto en él los cuatro príncipes que mas ocuparon la atencion del mundo en aquellos tiempos, y que mas figuraron en los ruidosos asun-

(1) Fué enterrado en el monasterio de Santas Creus, conforme á su última voluntad. En su sepulcro se lee grabado en letras góticas un largo epitafio que empieza:

PETRUS QUEM PETRA TEGIT GENTES ET REGNA SUBEGIT,
FORTES CONFREGITQUE CREPIT, CUNCTA PEREGIT,
AUDAX MAGNANIMUS, ETC.

(2) El italiano Giovanni Villani dice hablando de este rey: *Questo re fu valente signore, e pró in arme, e savio, e benaventuroso e ridotato do' Cristiani e do' Saracini altrettanto piu come nullo che regnasse al suo tempo.*—Y el Dante trazó su retrato en los siguientes versos:

Quel che par si membruto, e che s'accorda
Cantando con colui dal maschio nato,
D'ogni valva portó cinta la corda.

(3) Tuvo el rey don Pedro, además de los cuatro hijos legítimos, dos hijas, Isabel y Violante; la primera casó con el rey don Dionís de Portugal, la segunda con Roberto de Nápoles.—Fuera de matrimonio tuvo de una señora llamada doña María, á Jaime Perez, Juan y Beatriz; de otra llamada doña Inés Zapata, tuvo á Fernando, Pedro, Sancho y Teresa: algunos le dan otra hija bastarda llamada Blanca.—Bofarull, Condes, tom. II, p. 246.

tos de Sicilia, Carlos de Anjou, el papa Martin IV, Felipe III de Francia el Atrevido, y Pedro III de Aragon (4).

CAPÍTULO IV

Sancho IV (el Bravo) en Castilla

DE 1284 Á 1295

Coronacion de don Sancho en Toledo.—Mensaje del rey moro de Granada.—Respuesta arrogante de don Sancho al emir africano.—Invasion de los Merinitas en Andalucía.—Acude Sancho contra ellos: ardid que empleó en Sevilla: resultado de esta campaña.—Negociaciones con Felipe el Hermoso de Francia sobre los infantes de la Cerda: conferencias de Bayona.—Excesivo influjo y engrandecimiento de don Lope de Haro, señor de Vizcaya.—Quejas de los nobles: disturbios.—Desavenencias del rey con el infante don Juan y con don Lope de Haro.—Es asesinado don Lope en las córtes de Alvaro á presencia del rey: prision del infante don Juan.—Confederacion de los de Haro con el rey de Aragon contra el de Castilla: proclaman á don Alfonso de la Cerda: guerra en la frontera de Aragon y en Vizcaya.—Privanza de don Juan Nuñez y sus consecuencias.—Vistas y tratado de Sancho el Bravo de Castilla y de Felipe el Hermoso de Francia en Bayona.—Guerra contra los moros: conquista de Tarifa.—Nueva rebelion del infante don Juan: sitia con moros á Tarifa: heroica accion de Guzman el Bueno: refrenanse don Juan y los africanos.—Testamento de Sancho el Bravo: su muerte.

La muerte de don Alfonso el Sabio de Castilla facilitó á su hijo don Sancho la posesion de una corona que se habia anticipado á ceñir. En Avila, donde se hallaba cuando recibió la nueva del fallecimiento de su padre, hizole pomposas exequias y se vistió de luto. Terminados los funerales, pasó á Toledo con su esposa doña María de Molina, y allí fué solemnemente reconocido y jurado rey de Castilla y de Leon, cambiando en el acto el negro ropaje de duelo por las brillantes vestiduras é insignias reales (30 de abril, 1284). Prelados, nobles y pueblo, aun aquellos mismos que habian seguido con mas constancia el partido de su padre, se apresuraron á saludarle como á legítimo soberano; y él, que tan poco escrupuloso se habia mostrado en la observancia del órden de suceder en el reino, dióse prisa á hacer jurar en las córtes de Toledo por heredera del trono á su hija única la infanta doña Isabel, niña entonces de dos años, para el caso en que no tuviese hijos varones. Así quedaron otra vez excluidos por un acto solemne de la herencia del trono los hijos de su hermano mayor don Fernando, los nietos de Alfonso el Sabio de Castilla y de San Luis de Francia, los infantes de la Cerda.

Solamente su hermano el infante don Juan, que se hallaba en Sevilla, reclamaba para sí la herencia de los reinos de Sevilla y Badajoz que en su segundo testamento le habia asignado su padre, y se disponia, ayudado de algunos parciales á sostener su derecho con las armas; pero faltábale el apoyo de los sevillanos mismos, y acudiendo don Sancho con su natural actividad, desbarató fácilmente su planes, y habiéndole sometido entró el nuevo rey en Sevilla en medio de las aclamaciones del pueblo. El rey Mohammed II de Granada, aliado ya de Sancho siendo príncipe, le envió la enhorabuena de su proclamacion. El de Marruecos, amigo y auxiliar de su padre, despachóle á Sevilla uno de sus arraeos llamado Abdelhac para decirle que quien habia sido amigo del padre podia tambien serlo del hijo, y que deseaba saber cómo pensaba y cuáles eran sus disposiciones respecto á él. «Decid á vuestro señor, contestó Sancho con arrogancia, que hasta ahora no ha talado ni corrido las tierras con sus algaras; pero que estoy dispuesto á todo; que en una mano tengo el pan y en la otra el palo; que escoja lo que quiera (5).» No olvidó el musulman la jactanciosa contestacion; pero previendo tambien el castellano los efectos, previnose para la guerra. Entre otras medidas tomó la de llamar al famoso marino de Génova, Micer Benito Zaccaria, que vino con doce galeras

(4) El primero en 7 de enero, el segundo en 29 de marzo, el tercero en 5 de octubre, y el cuarto en 10 de noviembre.

(5) Cron. del rey don Sancho el Bravo, cap. 1.—Los escritores árabes ponen la respuesta en estos términos: «Que estoy dispuesto á lo dulce y á lo agrio, que elija lo que quiera.» Conde, part. VI, cap. 12.

genovesas, y al cual nombró temporalmente almirante de la flota que pensaba emplear para impedir al rey de Marruecos la entrada en la Península, dándole seis mil doblas mensuales, y además á título hereditario el puerto de Santa María con la obligación de mantener allí perpetuamente una galera armada y avituallada para el servicio del rey.

En las c6rtes que aquel año celebró don Sancho en Sevilla anuló muchos de los privilegios y cartas que habia otorgado á los pueblos que siendo infante le ayudaron á ganar la corona. Regresando despues á Castilla, tuvo con el rey don Pedro III de Aragon su tío la entrevista de Ciria de que hemos hablado en el anterior capítulo, en que le ofreció ayudarle contra todos los hombres del mundo, siempre que no tuviera que emplear sus armas contra Abu Yussuf. Visitó algunos países de Castilla que quejosos de la revocación de sus mercedes se habian alterado; restableció el órden castigando á los descontentos, y haciendo en ellos justicia, cuya justicia, segun la cr6nica, era «matar á unos, desheredar á otros, y á otros echarlos del reino tomándoles sus haciendas.» Así pasó hasta fines del año 1284. En los principios del siguiente, habiendo reunido don Sancho todos los hidalgos del reino de Burgos, expúoles que el rey Abu Yussuf de Marruecos habia invadido la Andalucía, devastado las tierras de Alcalá

de los Gazules y Medina Sidonia y puesto cerco á Jerez, y que por lo tanto necesitaba de su auxilio para hacer la guerra al musulman: todos unánimemente se le prometieron, y se hizo un llamamiento á todos los concejos y milicias. Como por este tiempo amenazara el rey Felipe el Atrevido de Francia invadir el reino de Aragon, envió á requerir á Sancho de Castilla para que no auxiliase al aragonés, excomulgado como se hallaba por el papa, privado de su reino, y dado este á su hijo Carlos de Valois. Ni al castellano le convenia malquistarse con el monarca francés, de cuya amistad con el papa se prometia servicios que no podia hacerle su tío el de Aragon, ni la situacion de su reino, invadido por los africanos, le permitia distraer sus fuerzas para dar socorro al aragonés. Por eso cuando Pedro III de Aragon reclamó su ayuda contra el rey de Francia en cumplimiento del tratado de amistad de Ciria, segun en el capítulo precedente expusimos, le dió Sancho una urbana pero evasiva contestacion, exponiendo cuán sensible le era no poder favorecerle en razon á tener que acudir al Mediodía de su reino acometido por los sarracenos merinitas.

Encaminóse, pues, el rey don Sancho á Sevilla; mas antes que se le reunieran las huestes y caudillos que esperaba, destacó el rey de los Beni-Merines desde los campos de Jerez un



SANCHO IV

cuerpo de doce mil zenetas de caballería al mando de su hijo Abu Yacub que llegaron á aproximarse á las puertas de la ciudad. Don Sancho habia usado de un ingenioso ardid para enganar á los enemigos. Habia ordenado que nadie saliera de la ciudad; que nadie subiera á las torres de los templos ni del alcázar; que ni se tañeran campanas, ni se tocaran trompas, bocinas ni añafles, ni nada que hiciese ruido. Los sarracenos, que no encontraron de quién tomar lenguas, ni vieron señal alguna, ni oyeron ruido que les indicara estar la ciudad habitada, cuanto mas hallarse en ella la corte, volviéronse á decir al emir de Marruecos que no habia llegado el rey Sancho á Sevilla, pues no era posible estuviere en una poblacion que por el silencio mostraba estar casi yerma. Mas luego que Sancho tuvo reunidas sus haces, y que se le incorporaron con escogida caballería el infante don Juan y su suegro don Lope Diaz de Haro señor de Vizcaya (1), privado y favorecedor de Sancho desde que era príncipe, salió camino de Jerez en busca del emir africano, mientras una armada de hasta cien velas mayores entre galeras y naves, al mando de Benito Zaccharia, avanzaba hácia el estrecho para cortar toda comunicacion con África, é impedir que de allí viniesen recursos á los sarracenos, lo mismo que ya en otra ocasion siendo príncipe habia ejecutado. Intimidado con esto Abu Yacub, levantó el cerco de Jerez y se retiró hácia Algeciras sin atreverse á combatir. Sancho y algunos de sus caballeros se empeñaban en perseguirle hasta darle batalla; pero el infante don Juan y don Lope Diaz se opusieron enérgicamente pidiendo al rey que se volviera á Sevilla, hasta el punto de que, no pudiendo convencerle con otras razones, le dijeron que ellos de todos

(1) El infante habia casado con doña María Diaz, hija de don Lope, desde cuyo tiempo se los ve andar unidos.

modos se retiraban, lo cual obligó á Sancho, muy á pesar suyo, á regresar á Sevilla, dejando abastecidas á Jerez, Medina Sidonia y Alcalá (2).

No tardó don Sancho en recibir proposiciones de avenencia así del rey de los Beni-Merines Abu Yussuf, como de Mohammed el de Granada. Pidió consejo á sus ricos hombres sobre cuál de las dos amistades debería preferir, y como se dividiesen los pareceres y se decidiera el rey por los que le aconsejaban diese la preferencia á Abu Yussuf, disgustáronse el infante don Juan y su suegro don Lope que habian opinado

(2) Mariana lo cuenta enteramente al revés de como pasó. Despues de decir que «al rey mas agradaban los prudentes consejos con razon, que los arriesgados, aunque honrosos, y no todas veces de provecho,» lo cual es enteramente opuesto al genio y carácter de Sancho el Bravo, añade: «Así contento de fortificar y bastecer aquella ciudad se tornó á Sevilla, sin embargo que los soldados se quejaban porque dejaba ir al enemigo de entre manos, y con ansia pedian que le dejasen seguille, hasta amenazar que si perdian esta ocasion, no tomarian mas las armas para pelear; mas el rey inclinó á la paz no hacia caso de aquellas palabras.» Mariana, libro XIV, cap. 6.

No sabemos de dónde pudo tomar Mariana esta especie tan en contradiccion con lo que dice la Cr6nica. «Y el rey don Sancho como era ome de gran corazon, comenzó á portar y tenerse con aquellos... que se querian ir á la batalla.» Refiere cómo se opusieron el infante don Juan y don Lope, y añade: «Y como quier que el rey les hizo muchas pleytesias porque fueran con él á aquella batalla... nunca el infante don Juan y don Lope lo quisieron consentir, mas antes dijeron que si se non viniese con ellos, que ellos se vernian. Y desde el rey vió que los non podia llevar á la batalla... óvose de tornar para Sevilla.» Cron. cap. 2.

Los historiadores árabes hacen mas justicia á don Sancho que el Padre Mariana. «No quiso (Abu Yacub) aventurar una batalla con aquella gente tan osada, conducida por un rey jóven y belicoso, lleno de esperanzas y sin género de temor.» Conde, part. IV, cap. 12.

en favor del de Granada, y desaviniéndose con el rey se retiraron á sus tierras y señoríos, donde tomaron una actitud sospechosa que fué causa y principio de escisiones fatales. Viéronse entonces el rey de Castilla y el emir de Marruecos en Peñaferrada, donde ajustaron una tregua de tres años, que costó al de África dos millones de maravedís, con lo cual se volvieron el uno á sus dominios de allende el mar, el otro á su ciudad de Sevilla, donde á poco tiempo la reina doña María dió á luz un infante (6 de diciembre, 1285), á quien se puso por nombre Fernando, y cuya crianza se encomendó á don Fernando Ponce de Leon, uno de los principales señores del reino, señalándole para ello la ciudad de Zamora. Apenas habia cumplido un mes el príncipe cuando fué llevado á Burgos para ser reconocido en c6rtes como sucesor y legítimo heredero de los reinos de Leon y de Castilla.

Habian acontecido los sucesos que acabamos de referir durante la famosa invasion de los franceses en Cataluña, el sitio de Gerona, la retirada de Felipe el Atrevido de Francia, su muerte en Perpiñan, y la proclamacion de su hijo Felipe el Hermoso, que era tambien rey de Navarra. Habia muerto igualmente Pedro el Grande de Aragon, y sucedidole su hijo Alfonso III. Y para que todo esto estuviera mudado en el principio de 1286, falleció tambien en África el rey Abu Yussuf, y fué proclamado como rey de Marruecos su hijo Yussuf Abu Yacub, cuya nueva recibió don Sancho cuando se hallaba ya en Castilla.

Lo primero que procuró el monarca castellano fué ganar la amistad del nuevo rey de Francia Felipe el Hermoso. Interesábase esto por dos poderosas razones; la primera, por la predileccion que Francia habia mostrado siempre á los infantes de la Cerda, nietos de San Luis, que continuaban en Játiva bajo la custodia del rey de Aragon, mirando á Sancho como un usurpador del trono de Castilla; la segunda, porque atendida la amistad del francés con la corte de Roma, nadie como él podia negociar, si quisiera, la dispensa del papa en el parentesco entre don Sancho y su mujer doña María de Molina, sin cuyo requisito podia anularse el matrimonio y declararse ilegítimos los hijos. Á aquel intento envió al obispo de Calahorra don Martin, y al abad de Valladolid don Gomez Garcia, con el encargo de felicitar al rey de Francia por su advenimiento al trono, y con la especial mision de apartarle, si podian, de la proteccion á los infantes de la Cerda. Léjos de lograr este objeto, el francés con mucha política propuso al abad de Valladolid, que pues el matrimonio del de Castilla era ilegítimo, seriase mucho mas conveniente separarse de doña María, y casarse con una de las princesas de Francia, Margarita ó Blanca, hermanas del rey, en cuyo caso él aseguraba impetrar la dispensa de Roma, y abandonar el partido de los de la Cerda. Ofrecíale al abad de Valladolid, si le ayudaba á llevar adelante esta negociacion, obtener para él la mitra arzobispal de Santiago que se hallaba vacante. No se atrevió el abad á proponérselo al rey don Sancho, pero tampoco rechazó, antes no escuchó de mal oído la proposicion; y por entonces no se hizo mas sino acordar que ambos monarcas se viesen en Bayona, y hablasen y tratasen ellos entre sí. Conviniéron los dos reyes en celebrar estas vistas, mas no fiándose acaso demasiado uno de otro, el de Castilla se quedó en San Sebastian, dejando á la reina en Vitoria, y el de Francia no pasó de Mont-de-Marsan. El negocio pues se trató por medio de embajadores en Bayona. Los de Francia exigian como preliminar la separacion de don Sancho de su esposa doña María, para venir á parar en lo del segundo enlace propuesto, de lo cual nada habia dicho al rey el abad de Valladolid. No solamente no accedieron á ello los de España, sino que la noticia de tal pretension causó tanto enojo á don Sancho, que llamó inmediatamente á sus embajadores, y sin querer tratar mas, tomó el camino de Vitoria, donde se hallaba la reina. El abad de Valladolid fué desde entonces objeto de la enemiga y saña de los régios esposos. El rey mandó al arzobispo de Toledo que le tomara cuentas de las rentas reales que administraba: encontráronse cargos graves que hacerle, y murió misteriosamente en una prision (1).

(1) «Llególe mandado al rey, dice la Cr6nica, en como este abad don

Cabalmente era punto este del matrimonio en que menos que en otro alguno transigia don Sancho. Decia y proclamaba que no habia rey en el mundo mejor casado que él; y si bien apetecia la dispensa de Roma y enviaba para obtenerla gruesas sumas, tambien sostenia con firmeza sus derechos, y alegaba para ello dos razones: la primera, que á otros príncipes, duques y condes habia dispensado el papa en igual grado de parentesco que él, y arriba estaba Dios que le juzgaria; la segunda, que otros reyes de su casa en el mismo grado que él habian casado sin dispensacion, «y salieron ende muy buenos reyes, y muy aventurados, y conqueredores contra los enemigos de la fe, y ensanchadores y aprovechadores de sus reinos.»

Mas todo el vigor, toda la bravura, toda la energía de carácter que habia desplegado don Sancho, así en las relaciones exteriores como en los negocios interiores del reino, así cuando era príncipe como despues de ser rey, desaparecia en tratándose de don Lope de Haro, señor de Vizcaya, que parecia ejercer sobre el ánimo del monarca una especie de influjo mágico. Á pesar de la actitud semi-hostil que el de Haro habia tomado desde la retirada de Sevilla, ni pedia al rey gracia que no le otorgara, ni habia honor, título ni poder que don Lope no apeteciera. Habiendo fallecido en Valladolid don Pedro Alvarez, mayordomo del rey (1286), solicitó el de Haro que le nombrase su mayordomo y alférez mayor, y que le hiciese conde además con todas las funciones y toda la autoridad que en lo antiguo los condes habian tenido, con lo cual, decia, se aseguraria la tranquilidad del reino, y acrecerian cada año las rentas del tesoro. Concediósele todo el rey; mas no satisfecho todavia con esto don Lope, atrevióse á proponerle que para seguridad de que no le revocaria estos oficios le diese en rehenes todas las fortalezas de Castilla para sí, y para su hijo don Diego si él muriese. Don Sancho, con una condescendencia que maravilla y se comprende difícilmente en su carácter, accedió tambien á esto, y así se consignó y publicó en cartas signadas y selladas, obligándose por su parte don Lope y su hijo don Diego á no apartarse jamás del servicio del rey y de su hijo y heredero el infante don Fernando. En el mismo dia que tales mercedes fueron concedidas, dió el rey el adelantamiento de la frontera á otro don Diego, hermano de don Lope, á título hereditario (enero, 1287). Dió además al señor de Vizcaya una llave en su cancelleria. De modo que la familia de Haro, emparentada ya con el rey y con el infante don Juan, teniendo en su mano los castillos, el mando de la frontera, el del ejército, y la mayordomía de la casa real, no solo quedaba la mas poderosa del reino sino que tenia como supeditada á sí la corona. Crecieron con esto las exigencias del orgulloso don Lope, y habiendo pedido que fuese despedida de palacio la nodriza de la infanta doña Isabel, tampoco se lo negó el monarca, y el aya y todos los que suponian ser de su partido fueron expulsados de la real casa con gran sentimiento de la reina. Esto era precisamente lo que buscaba don Lope, indisponer á los regios consortes, con el pensamiento y designio, si el matrimonio se disolvía ó anulaba, de casar el rey con una sobrina suya, hija del conde don Gaston de Bearn. Penetrábalo todo la reina, que era señora de gran entendimiento; pero disimulaba y esperaba en silencio la ocasion de que el rey conociera la mengua que

Gomez Garcia finara en Toledo, y plúgole ende mucho.»—Y aun fué maravilla que buscara un cargo ó motivo legal para perder al desdichado abad, porque la manera rápida y brusca con que sofía don Sancho hacer justicia por su propia mano, correspondia bien al sobrenombre de *Bravo* con que le designa su historia. Como un dia un caballero de Asturias hubiese proferido á su presencia palabras que ofendian á uno de sus merinos, tomó el rey un palo á uno de los monteros que con él estaban, y descargó con tal furia sobre el caballero asturiano, que le derribó casi muerto á sus piés. Así, dice la Cr6nica, «escarmentaron en tal manera todos, que de allí adelante no se atrevió ninguno á embargar la justicia á los sus merinos.» Cron. de don Sancho el Bravo, cap. 3.

Habiendo sabido que doña Blanca de Molina, hermana de la reina, trataba de casar su hija Isabel con el rey de Aragon, mandó encerrar á doña Blanca en el alcázar de Segovia, hasta que pudiese en su poder á su hija, y pudiera él casarla dentro del reino, para que no pasara el señorío de Molina á Aragon. De este modo hacia justicia don Sancho el Bravo. *Ibid.*